mente revitalizar nuestra tradición cultural, es labor para una falange de investigadores en todos los países de América.

La segunda sección de este libro —“Perspectivas”— agrupa una serie de ensayos cuya finalidad es ya recortar la figura de Rodó, como hombre y como escritor.

Rodó ha corrido suerte desventurada a manos de sus críticos. Rodríguez intenta destruir la imagen carente de vitalidad, de escritor aristocratizante y evadido que nos quieren ofrecer algunos tratadistas apresurados. Muy por el contrario, aquí se nos ofrece la de un hombre, en lo psicológico, tremendamente tímido y sensitivo. Las sobrias alusiones que se hacen a sus torturas a manos de unos usureros introduce no se sabe qué de hondamente humano en este perfil de Rodó. Por otro lado, observamos al escritor tensamente volcado al drama político y social de su tiempo. Vemos al estilista y asistimos a su tenaz lucha por la expresión. Sólo a vuela pluma podemos reseñar esta sección, no la menos enjundiosa del libro.

Un apéndice, en que se estudian las relaciones entre los prohombres de la generación, Rodó y Herrera y Reissig, constituyen la tercera parte de la obra.

Lo ya observado creemos que cumplirá con las finalidades que nos hemos propuesto: dar a conocer la labor de este crítico y, en alguna forma, diseñar ante los estudiosos la seria labor de interpretación global, orgánica, certeramente dirigida a lo sustancial —no prendida al dato baladí ni desorientada en los vericuetos eruditos— que se realiza en Uruguay en torno a su pasado literario. Es ejemplo, creemos, digno de imitación.—*Fidel Coloma González.*

■
<https://doi.org/10.29393/At348-128NMJL10128>

“NOVELISTAS DE MÉXICO”, de *J. Fernández-Arias Campoamor*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1952. 185 páginas

Aparecida esta obra sobre la novela mexicana en 1952, es nuestro deseo referirnos a ella para demostrar el peligro que entrañan las

publicaciones de baja calidad, sobre determinados sectores extranjeros, precisamente bajo el auspicio de instituciones como ésta, cuya obligación es la de divulgar rectamente —por autores idóneos— la literatura hispanoamericana. De lo contrario, el servicio que pudiera hacerse resulta un fuerte desfavor. La confusión de valores, la acuidad de los juicios y su ninguna jerarquía crítica constituyen peligro.

Mucho se ha escrito sobre la novelística de México, y por muy autorizadas plumas; la bibliografía sobre la novela de la Revolución Mexicana es ya copiosa, y cualquier estudio sobre tal rica cantera tiene muchos antecedentes precisos como para que logre pasar inadvertido si sus valores no son realmente positivos. Podrá argüírse nos, acaso, que para público español, desprovisto de información mayor sobre literatura hispanoamericana, bastan monografías como ésta. Respondemos: si el conocimiento resulta torcido, desvirtuados en sus valores o, simplemente débil, no presta servicio alguno. En tal caso, mejor resultara reproducir cualquier estudio de los muy calificados que se han escrito. ¿Por qué no reeditar, por ejemplo, la excelente obra del profesor Manuel Pedro González *Trayectoria de la novela en México* (Ed. Botas, México, 1951), ejemplo de estudios en el género?

El primer escollo —empecemos por los externos— que tiene el lector de esta obra, es el provocado por un inexplicable descuido tipográfico, llevado a límites agotadores a través de todo el libro. No se sabe a quién achacar tal falla, si a tipógrafos o a autor. La verdad es que desfiguran el texto. Ejemplos graves: los títulos de obras aparecen mal citados. Se lee innumerables veces *Periquillo Sarmiento* por *Periquillo Sarniento* (págs. 27-28-184, etc.); *La Quijotilla y su prima* por *La Quijotita y su prima* (págs. 27-29, etc.); más donde tales errores son verdaderamente perjudiciales es en la bibliografía final. Sabemos que esta sección es complemento indispensable para el lector estudioso, sobre todo si es extranjero de ciudades donde existen buenas bibliotecas sobre el tema; cuando ella falta, en cierto modo parece decirse al lector: "hasta aquí lle-

gue”, vedándosele una proyección valiosa, posterior al contacto con el libro. Pues bien, las menciones bibliográficas de este libro son, en gran proporción, inútiles, por no indicarse ni lugar ni año de edición; por caso, el artículo de Alfonso Reyes “El *Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana”, se cita como aparecido en la “Revue Hispanique”, y nada más. Vale decir, si algún interesado desea conocer ese ensayo, deberá recorrer los números de tan importante publicación, sin derrotero alguno, pues apareció desde 1894 hasta algún tiempo después de la muerte de su director, Raymond Foulché-Delbosc, en 1929 (*). Y, más, si cita artículos o ensayos breves sobre Lizardi aparecidos en revistas, hace algunas décadas, como el de Reyes, no debe silenciar las importantes investigaciones del profesor norteamericano Jefferson Rea Spell, publicadas casi todas en la muy divulgada “Hispania”, de California, conocida universalmente. De tal investigador sólo cita su libro sobre Fernández de Lizardi, publicado en 1931, por la Universidad de Pennsylvania.

En el aspecto interno, en la formulación de los juicios críticos, el señor Fernández-Arias Campoamor no es más afortunado. No podríamos aquí señalar punto por punto sus imprecisiones. Bástenos referirnos a los aspectos más conocidos de la novela de México. En el caso del enjuiciamiento de José Joaquín Fernández de Lizardi, el autor repara más en la mención periférica de títulos —mal citados, casi siempre: *La vida y hechos del famoso don Catrín de la Fachenda*, por *Vida y hechos del famoso caballero...*, pág. 30— o repite juicios ajenos, sin dar relieve alguno personal a sus apreciaciones. Dice, por ejemplo: “Y para la historia de la novela mexicana tiene el indiscutible valor de haber sido quien, seriamente y no por tanteos, abrió el fuego...”, que no es decir nada. Y, después de debilísimos análisis de las más importantes obras de

(*) La “Revue Hispanique” alcanzó a ochenta tomos, hoy inapreciables, y dejó de aparecer en 1933. El artículo de Reyes apareció en el tomo XXXVIII, págs. 232-242, pero resulta más fácil acudir a la obra en que fué recogido, “Simpatías y diferencias”, Madrid, 1922, páginas 55-74 del t. III.

Fernández de Lizardi, no repara ni insiste en su extraordinario valor de *expresión nacional* —tan apreciado por el crítico mexicano Agustín Yáñez—, ni en lo que significa su figura literaria en el nacimiento de la novela de América, ni en el valor primerísimo de haber expresado a un inmenso sector social cuando los autores miraban extasiados otros medios y otros mundos, muy distantes del que sus pies pisaban.

Cuando Fernández-Arias Campoamor enjuicia a los novelistas de la Revolución tampoco exhibe su fortaleza crítica. Apenas unas líneas dedica a *Los de abajo*, de Azuela, y casi todas ellas para relatar el argumento, como en trabajos escolares de equívoca pedagogía, hoy superada.

Al hablarnos de Gregorio López y Fuentes, guarda en el tintero una importante obra, que mereció Premio Nacional de Literatura: *El Indio* (1935). Y al hacerlo de Martín Luis Guzmán (Martín Luis *de* Guzmán, en la obra), lo pospone simplemente, sin mayor análisis, y sin considerar otros juicios de más peso que el suyo; concluye ideas a nuestro juicio insostenibles: "Es, sin duda, Martín Luis *de* Guzmán un hombre inteligente y culto, que sabe escribir en un castellano irreprochable hermosas crónicas noveladas, que eso son, en realidad, *La sombra del caudillo* y *El águila y la serpiente*. Pero novelista, no". Y más adelante: "La crítica literaria ha tomado demasiada premura en darle un sitio de honor entre los novelistas de la Revolución cuando quizá su lugar más adecuado se halle entre sus historiadores o tratadista de filosofía política" (pág. 124). Para nosotros, tal juicio es inadmisibile, sobre todo referido a *La sombra del caudillo*, que es mucho menos novela-crónica que *El águila y la serpiente* y mucho más novela en concepto tradicional. Pero —como lo hemos sostenido recientemente en un trabajo sobre el tema— en *El águila y la serpiente* la novelería misma del hecho que aprovecha Guzmán, la materia novelesca de lo histórico-político, rebasa y supera el mismo elemento, que pudiera condicionar e introducir una mentalidad artística. Pero de ahí a negarle todo contenido novelesco hay distancia grande. Recordemos, para terminar, que la opi-

nión de un crítico chileno —Juan Uribe Echevarría, en los “Anales de la Universidad de Chile”, 1935, sitúa a *El águila y la serpiente* como antípoda de *Los de abajo*, es decir, la novela de *los de arriba*, mirada con criterio de jefe del movimiento y con el alto escenario de los forjadores. Indudablemente, es la obra de M. L. Guzmán una de las mejores novelas de México, desde el punto de vista de la realización artística. Recordamos que el juicio del profesor chileno antes citado ha sido muy tomado en cuenta por Manuel Pedro González en su *Trayectoria de la novela en México*.

Mucho nos interesa dejar en claro que este extenso juicio adverso al libro del señor Fernández-Arias Campoamor tiene como base el deseo de lanzar una voz de alarma en torno del descuido con que muchas veces importantes reparticiones, como el Instituto de Cultura Hispánica, con sede en Madrid, aceptan este tipo de investigaciones —si así pueden ser llamadas—, concebidas sin ninguna preocupación científica ni siquiera en los aspectos más insignificantes, y realizadas por personas cuya buena voluntad no es garantía suficiente para llevar a buen cabo empresas ciertamente difíciles para un extranjero.

El fragmento que a continuación citamos es prueba clara del descuido de redacción con que se ha realizado el libro. Bien es cierto que todos alguna vez erramos, pero tratándose de una obra que va a ser divulgada a través de varios países, si el autor no tiene esa conciencia de cuidar su producción, para obviar ello están las autoridades de la institución editora: “El año 1816 vió la luz pública su obra más conocida (se habla de Fernández de Lizardi): *El Periquillo Sarmiento* (sic), primero los tres primeros tomos, y no obteniendo permiso para el cuarto, porque en éste contenía una defensa de los esclavos, que no era bien visto por las autoridades de aquel tiempo” (pág. 27).

Juzgue el lector.

Pensamos que obras como ésta pudiera encargárselas el Instituto de Cultura Hispánica a los más reputados críticos americanos, a aquellos que verdaderamente, en obras publicadas, han demostrado

capacidad de enjuiciamiento de nuestra rica literatura, como Enrique Anderson Imbert, José María Monner Sans, Luis-Alberto Sánchez y el profesor chileno Arturo Torres-Rioseco, que a través de su cátedra en California y de sus numerosas publicaciones, se ha ocupado preferentemente de las letras hispanoamericanas.—*Juan Loveluck.*